



NOTAS

Y

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS DEL TOMO SEGUNDO

I

Nota sobre las relaciones de la Madre de Chantal con la Madre Angélica Arnauld y con el Abate de Saint-Cyran.

(Véase la pág. 68.)

HE dilatado hasta el fin de este volumen, para poderlas examinar más despacio y más á fondo, el tratar de las relaciones de la santa Madre de Chantal con la Madre Angélica Arnauld y con el Abate de Saint-Cyran, en el momento en que aquélla se inclinaba al jansenismo, y en que éste, arrojando la máscara, hacia que se fijase en él la inquieta mirada de Richelieu, y le encerrase en el castillo de Vincennes. Estas relaciones, y sobre todo las nueve cartas que se dice escribió la santa Madre de Chantal á la Madre Angélica desde 1636 á 1641, ocuparon mucho tiempo á los examinadores del proceso de beatificación de la santa Madre de Chantal, dando por resultado largos debates contradictorios, que duraron muchos meses, y que llenan en el proceso más de cien páginas en folio. Habiendo tenido entre manos este legajo, titulado *Colección de las dificultades ocurridas al proseguir el proceso de la beatificación de nuestra santa Madre de Chantal, un vol. en folio*, he creído que debía, para honra de la Santa y en obsequio á la verdad, y con el fin de aclarar este curioso punto, muy obscuro hasta ahora, resumir dichos debates, después de los cuales se dió un decreto de *pasar adelante*, aprobado por Clemente XII el 6 de Marzo de 1735.

Los jansenistas han metido mucho ruido con las relaciones entre la santa Madre de Chantal y la Madre Angélica y el Abate de Saint-Cyran, insinuando de mil maneras que la Santa Madre de Chantal tenía la más absoluta confianza en la Madre Angélica y en el Abate de Saint-Cyran, y

que en el fondo participaba de sus principios. En apoyo de estas afirmaciones presentan los jansenistas nueve cartas, que dicen escribió la Madre Chantal á la Madre Angélica desde 1636 á 1641, y una esquelita dirigida al Abate de Saint-Cyrán el 28 de Octubre de 1641. Es preciso, por lo tanto, demostrar, como lo hicieron los postuladores de la causa de la beatificación, que aun admitiendo la perfecta autenticidad de estas cartas, únicos documentos que los jansenistas han podido presentar, nada puede deducirse de ellas contra los sentimientos y virtudes de la venerable Madre de Chantal. Después de esto, veremos lo que se debe pensar de la autenticidad de estas cartas, inventadas ó falsificadas, evidentemente, por los jansenistas para defender su causa.

En cuanto á lo primero, respecto al abate de Saint Cyrán, es de todo punto falso, como quieren hacer creer, que fuese nunca director de la santa Madre de Chantal. Él mismo confiesa que nunca la escribió, exceptuando una esquelita que la dirigió el 21 de Octubre de 1641; que jamás la había visto; que ignoraba la naturaleza de sus penas interiores; que Dios no había querido permitir que él fuese su consolador; y que sólo á instancias de la Madre María Angélica, y no á petición de la venerable sierva de Dios, le escribió la esquelita cuando estaba en París, algunas semanas antes de su muerte.

Por su parte, la santa Madre de Chantal, por confesión de sus mismos adversarios, no había tampoco escrito más que una esquila al Abate de Saint-Cyrán, el 28 de Octubre de 1641, tres días después de la supuesta carta de éste, y basta leer esta esquila para conocer que no había ninguna intimidad entre ellos. Se ve en dicha esquila que la Madre de Chantal no escribe al Abate de Saint Cyrán sino por haberlo solicitado la Madre María Angélica: que le da, política, pero friamente, las gracias de las oraciones que hacía por ella; que no entra en ningún detalle respecto á sus penas interiores, ni le pide consejo alguno. No le da más título que el de Señor, y no de Padre, como acostumbraba hacerlo con los sacerdotes con quienes tenía confianza. En una palabra, no son más que algunos renglones de política y de pésame á una persona extraña, pero desgraciada.

Es verdad que, en sus cartas á la Madre María Angélica, la santa Madre de Chantal habla en otros términos del Abate de Saint-Cyrán; se recomienda eficazmente á sus oraciones, le da mil testimonios de estimación, y esto en 1640, cuando ya estaba en la cárcel. Pero la opinión más universalmente extendida acerca de los motivos de esta prisión, era que había sido preso por razón de Estado. Fué —decían— por no haber querido suscribir á la disolución del matrimonio del Duque de Orleans, Gastón, hermano de Luis XIII, con la Princesa Margarita de Lorena; matrimonio que el Cardenal de Richelieu hizo declarar nulo por el Parlamento de París en 1633, y en seguida por la Asamblea del clero de Francia en 1635,

con la mira de casar á este Príncipe con la Duquesa de Aiguillon, su sobrina. Se decía también que el arresto había sido motivado por negarse Saint-Cyran á aceptar un obispado que el Cardenal Richelieu le había ofrecido, con el fin de ganarle para sus proyectos; porque este último, añadían, tenía intención de establecer en Francia un patriarcado que haría se proveyera en él, y por cuyo medio hubiera molestado mucho al Papa Urbano VIII. Verdaderos ó falsos corrían entonces estos rumores, y todas las *Memorias* de aquel tiempo lo dicen. Las circunstancias del encarcelamiento no eran, por otra parte, propias para hacer sospechoso al Abate de Saint-Cyran en materia de religión. El poder seglar era el que había procedido contra él, tribunal incompetente en cuestiones de fe. Estaba encerrado en Vincennes, fortaleza real destinada á los prisioneros de Estado, como lo nota Moreri, etc., etc. Se concibe, pues, fácilmente que la santa Madre de Chantal pudiera engañarse, como tantos Obispos de Francia y personas piadosas, acerca de los motivos de dicho arresto.

Pero, dicen, San Vicente de Paúl conocía perfectamente al Abate de Saint-Cyran, le había desenmascarado y parece que las declaraciones de aquel santo sacerdote, contribuyeron no poco para arrestar al sectario. ¿Cómo, pues, admitir que San Vicente de Paúl, que trataba tan íntimamente á la Madre de Chantal y la dirigía, no la hubiese prevenido y advertido? Sin duda lo hubiese hecho si hubiera habido entre la venerable Madre de Chantal y el Abate de Saint-Cyran relaciones peligrosas para esta última; pero como jamás se habían visto, y no se habían escrito más que una vez, y en el momento de cambiar las dos cartas la santa Madre de Chantal estaba en París haciendo ejercicios y confesión general de toda su vida con San Vicente de Paúl, éste creyó inútil el advertirla. Por otra parte, San Vicente de Paúl estaba lejos de desesperar del Abate de Saint-Cyran; aun después de su salida de la carcel, San Vicente de Paúl fué á verle, y como murió con los socorros exteriores de la religión, asistió á sus funerales en compañía de muchos Obispos. Largo tiempo después de la muerte de la santa Madre de Chantal, la reputación del Abate de Saint-Cyran era aún excelente. Sólo en 1656 fué cuando el clero de Francia, reunido en Asamblea, reprobó el elogio que los señores de Santa Marta habían hecho de Saint-Cyran; lo que prueba que antes de esto su doctrina no había sido públicamente mirada como sospechosa, ni manciliada su reputación. Se concibe, pues, que habiendo muerto la santa Madre de Chantal en 1641, no tuviera ninguna sospechosa respecto á las peligrosas doctrinas de Saint-Cyran, tan hábil para disimular y que imbuyó en sus errores á tantas personas piadosas con las cuales trataba diariamente.

Esto, en cuanto á las relaciones de la santa Madre de Chantal con el Abate de Saint-Cyran. Respecto á sus relaciones con la Madre Angélica, es aún mucho más fácil demostrar que la Santa no creyó nunca que fuese

Sospechosa de error alguno. De diecinueve años menos que la Santa, la Madre María Angélica murió veinte años después que aquélla, el 6 de Agosto de 1661; y sobre todo, en los últimos años de su vida fué cuando se declaró abiertamente sectaria; pero hasta entonces era tenida por una persona de virtud y mérito singular. No sólo en 1627 la colmó de elogios Urbano VIII, alabando en un breve, que se hizo público, su celo, su experiencia, su capacidad y su singular piedad, sino que en 1646, cinco años después de la muerte de la santa Madre de Chantal, Inocencio X, en una bula fechada en el segundo año de su pontificado, concedía á su monasterio los mayores privilegios espirituales, lo que prueba que aún no se sospechaba de ella en materia de religión; y aun suponiendo que en Roma hubieran podido engañarse, es de notar que la Madre Angélica no era tenida en menos estimación por todo el clero de Francia. En efecto, no solamente el Arzobispo de París dió el *exequatur* al breve de Inocencio X, sino que en 1656, quince años después de la muerte de la Madre de Chantal, el clero de Francia aprobó el tomo I de la *Gallia christiana*, en que se hace un magnífico elogio de la Madre Angélica, y no exigió se suprimiese nada, como había hecho respecto á lo que tocaba al Abate de Sain-Cyran.

La venerable sierva de Dios no pudo, ni debió en consecuencia, pensar mal de las religiosas de Port-Royal, ni evitar amistad con ellas; tenía, por el contrario, justos motivos para quererlas, principalmente á la Madre Angélica, con quien había tenido cuando era más joven, relaciones tan íntimas y santas.

Así, para resumir toda la parte primera de esta nota, aun admitiendo la perfecta autenticidad de las cartas cambiadas entre la santa Madre de Chantal y el Abate de Saint-Cyran, y las nueve cartas dirigidas por ésta á la Madre María Angélica, no se puede sacar ninguna consecuencia contra los sentimientos y virtudes de la venerable Sierva de Dios. Pero me apresuro á decir que la perfecta autenticidad de estos documentos está lejos de haber sido probada; y que, por el contrario, hay razones muy graves para creer que son inventadas ó falsificadas.

En efecto, estas cartas se insertan por primera vez en una colección de ellas dada al público en 1645, con el nombre del *Abate de Saint-Cyran*, por Roberto Arnauld de Andilly, conocido por uno de los más pertinaces defensores de los errores de Jansenio, lo cual es bastante para sospechar de su autenticidad. Además, esta colección aparece en 1645, poco tiempo después de la condenación de Jansenio (1642), y con el fin evidente y apenas disimulado de cubrir á su amigo el Abate de Saint-Cyran, con la autoridad y amistad de cierto número de personajes eminentes en virtud. Así que, apenas aparecieron estas cartas, cuando en todas partes se dudó de su autenticidad. Por último, se mandó á Roberto Arnauld de Andilly que presentase los originales, y á pesar de haberlo prometido expresamente, no lo hizo. Después de él, sus amigos concluyen por decir que se

habían extraviado. Los originales de las nueve cartas de la Madre de Chantal son aún más difíciles de encontrar. Se buscaron por todas partes con el mayor cuidado, y por orden de la Sagrada Congregación en 1737, pero sin resultado alguno.

Debemos confesar, no obstante, que estas nueve cartas que aparecen por primera vez en una colección jansenista publicada en 1645, se encuentran también impresas al fin del *Compendio de la vida de la venerable Madre de Chantal*, escrita por Bussy Rabutin, lo cual hará creer que no son supuestas, porque no es probable que aquel quisiera insertar cartas falsas en su colección. Pero hay que advertir que no se encuentran en la primera edición, impresa en París en 1696, ni en ninguna otra, excepto en la de Bruselas, impresa en 1698, después de la muerte del Conde de Rabutin; de todo lo cual se deduce evidentemente que el origen de dichas cartas es absolutamente sospechoso; debiendo añadir, que la Orden de la Visitación nunca ha querido reconocerlas. Apenas aparecieron, cuando en 1722 la Superiora del monasterio de Annecy negaba fuesen de su santa Madre de Chantal, y ella misma las denunciaba ante el tribunal de los Notarios apostólicos. Después, en 1823, habiendo publicado el librero Blaise una nueva edición de las obras de San Francisco de Sales, en las cuales insertó estas nueve cartas de Santa Juana á la Madre Angélica, empezaron á llover protestas de todas partes. El primer monasterio de París, especialmente, no contento con dirigir á toda la Orden una circular con fecha 31 de Enero de 1825, para que desconfiasen de una edición que atribuía, creo que sin razón, á manejos ocultos de los jansenistas, creyó deber insertar en los diarios de aquella época una reclamación pública; y poco después, habiendo dado Blaise una nueva edición en que mantenía estas nueve cartas, corrieron nuevas circulares por toda la Orden, llevando á todas partes la expresión de la inquietud general. Citaré en particular la circular del monasterio de Venecia, que no es otro que el antiguo monasterio de Lyon, trasladado por la revolución á Italia.

Tiene la fecha del 2 de Abril de 1834, y declara francamente y con toda claridad, que se debe desconfiar de esas cartas dadas á luz por los jansenistas, y en las que han escondido su veneno.

Basta, por lo demás, leer estas nueve cartas para comprender el asombro de toda la Orden de la Visitación, y para decir con ella que estas cartas no son de la santa Madre de Chantal. No, no las escribió; ó si las escribió, no eran dirigidas á la Madre Angélica; ó si absolutamente las dirigió á la Madre Angélica, se puede entonces afirmar con seguridad que han sido falsificadas. Cuando se conoce á la Madre de Chantal, su espíritu, su santidad, su atención en dar ejemplo en todo; cuando se sabe lo que son las reglas de la Visitación y se recuerda la historia de sus principios, se siente, en presencia de estas cartas, la impresión que produce siempre todo lo que es falso.

¿Es acaso, por ejemplo, la Madre de Chantal la que, escribiendo á la Madre Angélica, no solamente la llama su única Madre, sino que le dice: «No tengo persona alguna en quien pueda poner mi confianza sino en vos», cuando tenía entonces á su lado á la Madre de la Roche, á la Madre de Beaumont, á la Madre Angélica L'Huillier y á tantas otras, y cuando en aquellos mismos momentos la vemos abandonarse como un niño, con tanta alegría y señales de tan viva estimación en manos de la Madre de Blonay?

¿Es la Madre de Chantal la que, escribiendo á la Madre Angélica la expone, no solamente sus más secretas penas, sino la dirección que recibe de sus Superiores, y le dice: «¿Puedo yo dejar de continuar?» Y también: «Continúo con mis Comuniones diarias, pero con muchas penas y á veces tentaciones, lo mismo que los demás ejercicios. ¿No debo hacerlo? Nuestra buena Madre me dice que sí.»

¿Y á quién se quiere que la Madre de Chantal haya escrito cartas semejantes! ¡A una persona extraña, cuando precisamente la regla recomienda tan expresamente á las religiosas no buscar fuera, sino en sus Superiores la dirección que necesiten, y cuando la Madre de Chantal lo recomendaba con tanta eficacia y lo practicaba también! Tenía la Santa por directores á San Francisco de Sales, al Sr. D. Miguel Favre, al señor Marchez y á San Vicente de Paúl, y por Superiores á la Madre de Chatel, á la Madre Favre y á la Madre de Blonay, por cuya dirección se guiaba. Y, ¿vamos á suponer que escribía cartas para decir á una persona extraña, á una persona de fuera, «no tengo confianza más que en vos; mis Superiores y mis Confesores me dan tal y tal consejo; ¿podré yo atenerme á ello con seguridad?» Esto es una monstruosidad.

¿Y á qué persona se pretende que la Madre de Chantal haya dirigido estas cartas? ¿A la Madre Angélica Arnauld? Verdaderamente esto no es discurrir. La Madre de Chantal tenía veinte años más que la Madre Angélica. Se habían conocido en 1619, y ya hemos visto cuáles eran sus relaciones. Se querían mucho, pero en esta intimidad la santa Madre de Chantal era la madre, la hija la Madre Angélica. Esta era la que se acusaba de sus faltas é imperfecciones; aquélla la que aconsejaba. Pasan veinte años; las dos religiosas no se vuelven á ver, y cesan sus relaciones; al menos no existe ninguna carta que atestigüe que continuaron escribiéndose. Al cabo de este tiempo vuelve á París la Madre de Chantal, de edad de setenta años, fundadora de ochenta monasterios, tan venerada, que es menester que pase días enteros en el locutorio ocupada en dar á besar su mano á la mucha gente que lo desea. ¿Y en este momento se cambian los papeles? ¿La santa Madre de Chantal es la hija de la Madre Angélica, la que pide permisos y le somete la dirección que recibe de sus Superiores, la que dice: «No tengo nadie en el mundo en quien pueda tener confianza más que vos?» ¡Ah! Esto es falso é inventado para favorecer una causa ó un partido.

Y en este último caso, ¿quién es «ese gran siervo de Dios» que aparece en todas las páginas de esta correspondencia, en vista del cual, sin duda, aquella ha sido arreglada? Es, se dice, el Abate de Saint-Cyran. Al menos así lo han puesto al margen de la edición de 1698, hecha en Bruselas, porque en la de 1645 no se hubieran atrevido, por ser todavía demasiado pronto. Pero sea así; él es á quien la Santa llama «gran siervo de Dios», «virtuoso Prelado», «verdadero» y «buen siervo de Dios», del que «espera consejos, á quien tiene gran deseo de darse á conocer», y de quien dice: «Dios sabe mi dolor por verme privada del único bien que estimo y deseo.» ¡Y no le conoce, jamás le ha visto y jamás se han escrito! Detalla todas sus penas á la Madre Angélica para que entere de ellas al gran siervo de Dios, y cuando el Abate de Saint-Cyran escribe algunas líneas á la Madre de Chantal, es para declararle que no tiene ninguna idea de sus penas interiores. Y cuando la Madre de Chantal, después de haber escrito nueve veces á la Madre Angélica para llegar por medio de ella hasta ese gran siervo de Dios á quien tanto respeta, al cual desea tanto darse á conocer, se decide, en fin, á escribirle, no traza su pluma más que algunos renglones fríos, políticos, reservados, concedidos (así lo dice expresamente) á los ruegos de la Madre Angélica, y lo que es más notable, sin ninguna alusión á una supuesta carta que dicen haberle escrito tres días antes el Abate de Saint-Cyran. Con el dedo se tocan las inverosimilitudes y las contradicciones.

Ciertamente sería temerario, á la distancia en que nos hallamos y con la falta de documentos originales, querer coger en el hecho la mano del falsario é indicar el trabajo de su alteración, pero al menos se me permitirá decir lo que pienso. De las nueve cartas atribuidas á la Madre de Chantal, unas son inventadas y otras falsificadas. Las cartas CDX, CDXI, CDXII, CDXV (edición de Blaise), son verdaderamente de la Madre de Chantal. ¿Qué falsario hubiera inventado nunca la pintura tan verdadera de las penas de la Santa, la bella exposición de los profundos principios de dirección de la Madre de Chatel? Estas cartas son verdaderas. Solamente que no fueron dirigidas á la Madre Angélica, sino que fueron escritas á una Superiora de la Visitación, tal vez á la Madre de Blonay; no veo á otra á quien la Santa hubiera podido hablar así en este tiempo; quizá también porque la Madre de Blonay nunca fué á París, á la Madre Angélica L'Huillier, á la cual vemos que escribe la Santa para las cosas más delicadas, y por medio de la cual consulta algunas veces á San Vicente de Paúl y al Ilmo. Sr. Arzobispo de Sens. Se ha borrado la dirección de estas cartas para que no se pudiera demostrar que no iban dirigidas á la misma persona, y se ha puesto el nombre de la Madre Angélica de Port Royal; esta es la primera alteración.

En estas cartas se trata de un gran siervo de Dios, que probablemente era San Vicente de Paúl, á quien la santa Madre de Chantal con-

sultaba sin cesar desde 1622, ó tal vez era el Ilmo. Sr. de Bellegarde, Arzobispo de Sens, en quien tenía mucha confianza. Quizá se trataba de uno y otro, según las diferentes cartas, llamando al uno «el buen siervo de Dios,» y al otro «nuestro virtuoso Prelado.» Los jansenistas se han apoderado de esta designación vaga, y para hacerlo más creíble la han rodeado de algunas palabras que excluían á San Vicente de Paúl é indicaban á Saint-Cyran, por ejemplo, en el pasaje siguiente: «Me parece—dice la Madre de Chantal—que no hay más que un corazón entre nosotras, y que vuestras oraciones y las de este digno siervo *que me habéis adquirido por la misericordia de Dios.*» Se ve lo que ha podido añadirse, con qué facilidad y á qué fin.

Sospecho también que han multiplicado con idea esta palabra: «este buen siervo de Dios», ingiriéndola en los encabezamientos de las cartas, en los saludos finales y en cuantas partes han podido ponerlo. «Os suplico que encomendéis á Dios, etc.. etc., *y que el buen siervo de Dios haga lo mismo.*» «Saludo á nuestras queridas Hermanas y al *buen siervo de Dios.*» «Me consuelo diciéndoos algo de mi pena y á *este buen siervo de Dios,* etc., etc.» Se ve el procedimiento, que no es difícil y que, para decirlo de paso, es absolutamente opuesto á la costumbre de la Santa.

Para multiplicar así en estas nueve cartas las alusiones y los recuerdos del buen siervo de Dios, se va algunas veces muy de prisa y se escribe un contrasentido. Una de estas cartas, no publicada íntegramente por los jansenistas, sino en fragmentos, es la CDXII de la edición de Blaise. que ha sido publicada *por entero* por las religiosas de la Visitación. Pues bien; en la versión jansenista se ve una alteración y un contrasentido, con el fin de hacer creer que se trataba en esta carta del Abate de Saint-Cyran, siendo así que era de San Francisco de Sales de quien se hablaba. Véase el hecho, que tiene su importancia, pues tenemos aquí la mano del falsario. La santa Madre de Chantal tuvo una gran pena interior, nueva, según le parece, porque no recuerda haber tenido otra semejante. De repente encuentra una carta antigua entre las de San Francisco de Sales, «en la cual se describe admirablemente esta pena.» Se admira y no puede creer lo que ve delante de sus ojos. Apela á una persona amiga, á la Madre Angélica, si queréis, para asegurarse de que no se engaña, y le dice: «Leed la carta LXV del libro IV; me da algún pequeño alivio y luz, viendo que el bienaventurado me entendía... Si me decís que conocéis bien que este gran siervo de Dios (San Francisco de Sales) habla de mi sufrimiento, sentiré una grande fortaleza. He admirado mucho esta carta, porque no recuerdo haber tenido nunca semejante pena. En otro tiempo, lo que yo tenía eran tentaciones contra la fe, como se ve en sus epístolas; pero lo que siento ahora es diferente. Así, esta carta es diferente de las primeras, y esto me hace creer que Dios permitió que tuviese en otro tiempo algún corto ataque de lo que siento

ahora, para hacer que el bienaventurado escribiese acerca de este punto.» Esto está perfectamente claro; pero el deseo de hacer creer que la santa Madre de Chantal consultaba á Saint-Cyran, ciega á los jansenistas. En lugar de esta frase, tan bien explicada por lo que antecede y sigue: «Si me decís que conocéis bien que este gran siervo de Dios (San Francisco de Sales, de quien se acababa de hablar) habla (en la carta que os cito) de mi padecimiento, me da esto mucha fortaleza;» escriben, alterando ligeramente el texto: «Si me dijérais que este gran siervo de Dios y vos veis y conocéis bien lo que es mi padecimiento, etc.» Esto parece nada, pero por esta palabrita: «Este gran siervo de Dios y vos,» se excluye á San Francisco de Sales, y reuniendo esta frase á la que sigue: «Tengo gran deseo de dar me á conocer á vos y á ese digno siervo de Dios,» se sustituye á Saint-Cyran en lugar del santo Obispo de Ginebra.

Después de haber indicado en compendio este trabajo de falsificación, nombraré las cartas inventadas. La CDXIII lo es probablemente, y probablemente también el primer párrafo de la CDXV, y tal vez lo mismo la CDXIV, donde se imita, y en algún modo se calca, la primera de las cartas de la Madre de Chantal á San Francisco de Sales; y puede ser suceda lo mismo con la CDXVII. Sospecho que todas esas esquilas, que nada contienen original, han sido inventadas para acompañar, corroborar y explicar las verdaderas cartas falsificadas. Pero no insisto más, siendo muy difícil, como lo he notado al principio, precisar nada con exactitud, careciendo de documentos originales. He dicho bastante, por lo demás, para manifestar en general el poco valor de estas cartas y hacer ver sólidamente que están envueltas en demasiada obscuridad, para que puedan aceptarse nunca como testimonios auténticos. Y aunque, por otra parte, lo fuesen por algunos, hemos probado que nada puede deducirse de ellas en contra de los sentimientos y virtudes de la venerable sierva de Dios, y esto es bastante para nuestro objeto.

II

Proceso verbal de la erección de la Visitación en Orden religiosa (1).

(Véase pág. 49.)

«Francisco de Sales, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo y Príncipe de Ginebra, y Comisario delegado de la Santa Sede Apostólica, por el tenor del breve dado en Roma en Santa María la Mayor, bajo el anillo del Pescador, el 23 de Abril del año corriente, po-

(1) Archivos de la Visitación de Annecy.— Registros del Obispado de Ginebra.

niendo el dicho breve en ejecución, habiendo visto y considerado todas las cosas, hemos erigido y erigimos esta casa de la Congregación de la Visitación de la bienaventurada Virgen María en monasterio bajo la regla de San Agustín, declarando por la misma autoridad Apostólica, que todas las Hermanas ó Religiosas de esta dicha casa ó monasterio, deben usar y gozar de aquí en adelante de todas y cada una de las inmunidades, privilegios, indultos y concesiones de que gozan las demás Religiosas que viven bajo la misma regla. Mandamos también é imponemos á las dichas Hermanas observar de aquí en adelante la clausura, según el decreto del Santo Concilio de Trento, con todas las leyes de la solemnidad de los votos; y porque nuestras muy amadas Hermanas en Jesucristo Juana Francisca Fremiot, Superiora, y María Magdalena de Mouxy, nos han declarado que tenían aún en el siglo la propiedad de algunos bienes, de los cuales no han podido hasta ahora disponer cómodamente, y á los que quieren renunciar, cediéndolos antes de ser obligadas á ello por la solemnidad de votos, fijamos á las dos el término de seis meses, que deberán contarse desde el día de la fecha de las presentes. á fin de que puedan disponer de los referidos bienes en este intervalo de tiempo, pasado el cual estarán obligadas á declarar si quieren someterse á la dicha solemnidad de los votos; y Nos, pasado dicho tiempo y recibida su declaración, proveeremos á su estado, según lo juzguemos conveniente.

»Dado en Annecy el domingo 16 de Octubre de 1618, en presencia de los Reverendos Juan Francisco de Sales, Chantre y Canónigo de la iglesia de Ginebra, vicario y provisor del obispado, y Filiberto Roger, doctor en sagrada Teología; Estéban Decombaz, Gallois de Régard, Francisco Roux, Canónigos de la dicha iglesia de Ginebra; el Sr. D. Miguel Favre, presbítero, y los Sres. Francisco Favre y Guichard Rosset, testigos.»

III

V. J.— Escrito concerniente al corazón de la Santa Madre de Chantal.

(Lo que sigue es copia fiel de un escrito de nuestra respetable Madre María Agustina de Damas, que era Superiora cuando la Revolución de 1793.)

El corazón de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora de la Orden de la Visitación, se conserva en el monasterio de Moulins, en el Borgoñés (1), encerrado en un relicario de plata sobredorada, con dobles cristales, y colocado en un pequeño tabernáculo del retablo del altar ú oratorio erigido en la celda en que la santa fundadora exhaló su último suspiro. Hacía mucho tiempo que las Religiosas notaban que esta

(1) Hoy en el de Nevers.

preciosa reliquia tenía un color muy oscuro y estaba seca y aplastada, habiendo perdido la forma de corazón, y parecía que disminuía notablemente, cuando el 13 de Diciembre de 1789, aniversario de la muerte de la Santa, su confesor les sugirió la idea de hacerle algunos homenajes particulares, á fin de interesarla en aquellos momentos de aflicción por la conservación de su Orden, y rogar por la Iglesia y el Estado. En consecuencia, desde por la mañana se le colocó en el sitio de la Superiora, adornado de guirnaldas de flores, con dos velas encendidas, estando en oración á su lado algunas religiosas durante todo el día. Una de ellas, orando delante de esta santa reliquia antes de la Misa conventual, se quejaba amorosamente á la Santa de la disminución de su corazón, y habló de ello en la recreación. La Superiora dió el relicario al confesor para que le colocara en el altar durante la Misa y pudiera satisfacer su piedad, el cual se lo trajo al concluir el santo sacrificio, é hizo en aquel momento una tierna plática á la comunidad. Durante las Vísperas, la Superiora fué la primera que advirtió el cambio de este santo corazón, lo cual le causó tal sorpresa, creyendo que la engañaban sus ojos por efecto de la luz del día, que tomó todas las precauciones posibles para asegurarse de que no era una ilusión, no hablando de ello á nadie, sin embargo, hasta después de la oración de la tarde, que habiéndole llevado otra vez al oratorio acompañada de la mayor parte de las Religiosas, y habiéndole colocado sobre el altar, les rogó se acercasen á mirarle, sin decirles por qué. No hubo una que no diese un grito de sorpresa y de alegría al observar el cambio obrado en aquel precioso tesoro. Toca de alto abajo las dos extremidades del relicario; la punta está doblada como si estuviese forzada. Antes de este acontecimiento había un vacío marcado en lo alto del relicario. Las aurículas se han ensanchado, y todo él se ha hinchado, y ha vuelto á tomar la forma y el color de un corazón embalsamado, que ya casi no tenía. Esta maravilla produjo un movimiento repentino de alegría, de admiración y de reconocimiento, que se aumentó cuando la Hermana asistente fué á preguntar al confesor cómo había encontrado el corazón, sin decirle el motivo. «Hermosísimo — respondió, — no podía desviar mis ojos de él; lo que me dió tanto más gusto, cuanto que en el mes de Mayo último, cuando pasé por aquí para ir á Septfonds, y la Superiora me lo dió á venerar, según yo deseaba, me pareció pequeño y disecado. Nada quise decir de lo que pensaba, por temor de causarle tristeza, como á su comunidad; pero hoy está muy diferente de como yo lo había visto.»

Es cosa cierta que durante el augusto sacrificio de nuestros altares se obró esta maravilla. Desde entonces ha seguido en el mismo estado de belleza y dilatación. Y hoy 24 de Marzo, en que hace casi tres meses y medio de este acontecimiento, ha sido reconocido por un hábil cirujano anatómico.